

# *Instrumentos de la Memoria: Patrimonialización del pasado precolombino y construcción de una imagen de la nación en el siglo XIX\**

SARA SÁNCHEZ DEL OLMO\*\*

Universidad de Lausana

**Resumo:** Este artículo examina el uso de los objetos precolombinos en el proceso de construcción de las identidades nacionales iberoamericanas a lo largo del siglo XIX. Se busca mostrar cómo, con el fin de dotar a la nación de un discurso de autenticidad cultural y profundidad histórica, las élites iniciaron un proceso de patrimonialización del pasado indígena. Determinados objetos quedaron entonces convertidos en símbolo y patrimonio de la patria y fueron utilizados por las jóvenes repúblicas como un privilegiado instrumento para la conformación de un “espíritu nacional”. A través de esos objetos escogidos, el Estado controló y encauzó el pasado. Dado su valor (no sólo simbólico), se erigió en su custodia e ideó para ellos espacios apropiados. El Museo se convirtió así en una de las instituciones privilegiadas para la creación, organización, unificación y transmisión de un imaginario colectivo sustentado, precisamente, en los objetos.

**Palabras clave:** Objetos precolombinos; Patrimonialización; Identidad.

**Abstract:** This article examines the use of pre-Columbian objects in the process of construction of the national identities in Latin-America along the nineteenth century. The aim is to show how elites began a process of heritagization of the Indian past, in order to provide the national discourse of cultural authenticity and historical depth. This way some objects were converted into symbol and heritage of the nation and they were used as a privileged instrument for the formation of a “national spirit” by the recent created republics. Through these chosen objects, the State controlled and channeled the past. Given its value (not only symbolic), it was erected in its custodian and it was devised appropriate spaces for them. Then the Museum became one of the privileged institutions for creating, organizing, unifying and transmitting of a collective imaginary.

**Keywords:** Pre-Columbian objects; Heritagization; Identity.

---

\* Recebido em 01 de julho de 2015 e aprovado para publicação em 21 de agosto de 2015.

<sup>1</sup> Doctora en Historia de América por la Universidad de Valladolid, Master en Estudios Amerindios por la Universidad Complutense de Madrid, y Licenciada en Filosofía y Letras por la Universidad de Valladolid. Actualmente trabaja como colaboradora científica del Museo de Etnografía de Neuchâtel (Suiza) y como investigadora asociada en el Instituto Religiones, Culturas, Modernidad (IRCM) de la Universidad de Lausana (Suiza).

## Introducción

A lo largo de la historia el pasado ha jugado un papel decisivo en la legitimación del poder por parte de las élites políticas. En el caso iberoamericano esto es especialmente evidente en el siglo XIX, momento en el que los estados nacionales se embarcaron en un complejo proceso de invención, reconstrucción y celebración de los tiempos pretéritos con el fin de dotarse de una nueva identidad nacional. Aunque el proceso de construcción de dicha identidad no fue ni unidireccional ni homogéneo, es posible atisbar una práctica compartida: el uso político de determinadas nociones que, convertidas en hilos conductores, acabarían por constituir elementos nodales de la imagen de la nación. Los jóvenes estados comprendieron pronto que para su consolidación y reafirmación necesitaban de una nueva y sólida tradición de ahí que, una vez superadas las dificultades inherentes a las guerras de independencia y a las luchas civiles intestinas que las sucedieron, *se lanzaran* a la recreación de un tiempo pretérito en el que encontrar la definición del nuevo ser republicano. Aunque en un primer momento esa aprehensión de lo pretérito se centró en el pasado más próximo, para el decenio de 1830 la emancipación era un hecho aceptado y se había convertido en una herencia y como tal, debía de entrar en una serie genealógica (ANDERSON, 1993, p. 273). Por esa razón, la segunda mitad del siglo vería afianzarse otro pasado más remoto, el precolombino, iniciándose *sures catey*, sobre todo, su patrimonialización.<sup>1</sup>

Como bien ha señalado Hobsbawm, uno de los tres criterios que permitían en esa época que un pueblo fuera clasificado firmemente como nación era pertenecer a un estadio histórico, poseer un pasado relativamente largo (HOBSBAWM, 1998, p. 46). Pero ese pasado debía ser, obviamente,

---

<sup>1</sup> En palabras de Poulot, el patrimonio es la “institucionalización de los objetos del pasado en el presente”. Obviamente, en ese proceso no todos los objetos del pasado son institucionalizados. Al señalar aquellos vestigios susceptibles de ser conservados y protegidos, el poder hegemónico –a través de diferentes mecanismos e instituciones– pone en marcha un proceso de patrimonialización. Se produce entonces una operación de selección (y de descarte) por la que determinados objetos pasan a constituir parte inherente de la identidad de la nación.

digno y satisfactorio. Las élites iberoamericanas comenzaron entonces a gestar y afianzar la imagen de un tiempo remoto anterior a la conquista libre de todo mal y de toda mancha que se contraponía a la *despótica herencia* dejada por los colonizadores. En numerosas naciones iberoamericanas se estableció entonces una suerte de ligazón mística entre el pasado precolombino y el nuevo presente, y los indígenas –o de forma más precisa los indios muertos- se convirtieron en los “verdaderos” antepasados, en los dadores de una tradición propia y legítima.<sup>2</sup>

Esto fue especialmente evidente en aquellos lugares en los que habían florecido las denominadas “altas culturas” pero lo cierto es que pocos países iberoamericanos renunciaron al uso, creación y recreación de un imaginario histórico colectivo ordenado en torno al pasado precolombino.<sup>3</sup> Las diferentes civilizaciones prehispánicas comenzaron así a ser percibidas en muchas de las nuevas naciones como ejemplos de organización sociopolítica y, frente a los conquistadores españoles configurados ahora como el “otro”, el mundo precolombino se erigió como el “nosotros escogido”. Si la colonia había inventado al indio el Estado nación lo reinventaba.<sup>4</sup>

---

<sup>2</sup> Sobre las formas en que la elite incorporó a los ‘indios’ en su idea de la nación véase Rebecca (2007). La autora muestra cómo los criollos que encabezaron los movimientos de independencia a principios del siglo XIX se vincularon metafóricamente “con los héroes indígenas de la conquista y la pre-conquista”. Earle enfatiza cómo la época prehispánica fue concebida por parte de las élites como parte de la historia nacional.

<sup>3</sup> Así, por ejemplo, en México, “el mito prehispánico-indigenista se convierte en la piedra angular de la construcción nacional mejicana, en el origen sagrado en el que la nación se reconoce y al que tiene que ser fiel..., en el fundamento de su esencia nacional”. Ver PÉREZ VEJO (2003). Algo similar puede decirse de Guatemala donde ya en 1825, el intelectual José Cecilio Del Valle no dudaba en identificar la patria republicana con la *Guatemala india* ahondando en la idea de que los antiguos indígenas eran los “padres” de los actuales guatemaltecos y estaban en condiciones de dar lecciones a sus hijos ya que se habían caracterizado por ser socialmente justos y democráticos, racionales y organizados, e independientes. La alusión a la independencia de los indios es particularmente relevante ya que cuando Del Valle escribe su obra hacía poco tiempo que la Federación Centroamericana se había declarado independiente de México tras un período breve de anexión al imperio de Agustín de Iturbide. Ver CHINCHILLA MAZARIEGOS (1994).

<sup>4</sup> En realidad, la reinención del indio había comenzado en un tiempo anterior: ya desde finales del siglo XVII las élites criollas habían comenzado a articular un nuevo discurso en relación a las poblaciones indígenas. Este discurso, que se amplificaría y estructuraría claramente en la segunda mitad del siglo XVIII, llegaría a convertirse en numerosos lugares

Es cierto que esta visión no fue compartida por todos los miembros de las élites (RODRÍGUEZ PRAMPOLINI, 1997, p. 26) y que hubo incluso quien negó ese pasado indígena como fuente de inspiración.<sup>5</sup> Incluso en aquellos países más “apegados” al pasado precolombino hubo disensiones en torno al lugar que ese pasado debía ocupar.<sup>6</sup> La producción simbólica

---

en uno de los pilares ideológicos del movimiento de Independencia. Este “indigenismo ilustrado” auspiciado por los criollos encontró en el pasado prehispánico una de las bases de su diferencia y su autodefinición como “americanos”. Se proclamaron entonces herederos de las civilizaciones nativas y, en lugares como México o Perú, no dudaron en equiparar este pasado con el de Grecia y Roma. No obstante, la identificación con el mundo indígena se estableció siempre con el pasado, nunca con los indios del presente.

<sup>5</sup> Uno de los mejores ejemplos de la *negación del indígena* lo constituye Argentina. A partir de la segunda mitad del siglo XIX las élites del país comenzaron a gestar un discurso basado en la “excepcionalidad de la nación” destinado a conformar un tipo particular de ciudadanía, alejada del mestizaje y marcada por el blanqueamiento. Este discurso, que presentaba al país como único en Iberoamérica, conllevaba el alejamiento del mundo indígena y su asimilación o incluso su eliminación. Como bien ha señalado Zapata, los indios fueron vistos como una “alteridad prehistórica”, inexistente o “desaparecida”. ZAPATA, Horacio Miguel Hernán. Pensar el bicentenario argentino desde y con los pueblos indígenas: descolonizando memorias, identidades y narrativas. *Revista Mosaico*, Goiás, número 2, volumen 3, (2010), p. 209-220.

<sup>6</sup> Un buen ejemplo de ello es un episodio ocurrido en México a finales de siglo. En 1889, el gobierno de Porfirio Díaz encomendó al escultor Alejandro Casarín la construcción de un monumento destinado a custodiar la entrada del Paseo de la Reforma, la principal arteria de la capital. Se trataba de las efigies de dos *tlatoanis* o gobernantes aztecas, Izcóatl y Ahuizotl, popularmente conocidos como “Indios Verdes” (las esculturas fueron recubiertas con una fórmula química hecha con sales de cobre lo que les proporcionó una pátina verdosa). En 1891, las dos esculturas, de casi cuatro metros de altura, fueron ubicadas en el popular Paseo. Desde el primer momento el grupo escultórico fue objeto de fuertes críticas y rechazo. Apeladas por la prensa “momias aztecas” o “adefesios”, las figuras habían sido instaladas en la zona más prominente de la ciudad, lugar de residencia de los burgueses adinerados. Su aspecto contrastaba radicalmente con la imagen neoclásica y afrancesada del Paseo rompiendo la “armonía”. Ver GARCÍA BARRAGÁN (1983, p. 449-458). Las imágenes habían irrumpido en un orden que no les pertenecía. El rechazo a su presencia estaba vinculado precisamente al lugar que se había otorgado a esos indios: el espacio público habitado por las élites. Por otro lado, las críticas hacían alusión a su “falsa” condición precolombina: no se trataba de una “verdadera obra” de *los primitivos pobladores del Anáhuac*, de “verdaderas” *reliquias arqueológicas* sino de obras contemporáneas. Ver *El Monitor Republicano*. México, 2 de abril de 1893. El episodio es un buen ejemplo de las pugnas alrededor del pasado pero sobre todo, pone en evidencia los ejercicios por controlar el lugar que este debe ocupar (espacios delimitados como el Museo) y el valor social que se le otorga (“verdadera reliquia” *versus* “adefesio indígena”). Un debate similar se

no fue homogénea y en las jóvenes repúblicas coexistieron diferentes proyectos de nación en ocasiones claramente contrapuestos. Cada facción pujó por *imponer* su propio altar de héroes y episodios significativos. Pese a todo, en líneas generales, puede afirmarse que en la mayor parte de los países iberoamericanos el lejano mundo precolombino fue aprehendido como medio privilegiado para la construcción de la nueva identidad.<sup>7</sup> Esta precisaba de un discurso de autenticidad cultural y, sobre todo, de profundidad histórica, un discurso que se remontase al período anterior a la dominación colonial. No es extraño pues que las élites fijaran sus ojos en el universo cultural pre colonial e identificaran la patria con el mundo indígena, eso sí, con el pretérito. Y así, en el proceso de creación y recreación del imaginario nacional, desde México a Perú, pasando por Guatemala o Colombia, el indio prehispánico pasó a convertirse en uno de los elementos simbólicos privilegiados.<sup>8</sup>

Sin embargo, el advenimiento de la emancipación obligó a las jóvenes repúblicas a *enfrentarse* a otros indígenas, los del presente.<sup>9</sup> En

---

produciría en la ciudad de Lima años después (1925) respecto a la ubicación de una estatua dedicada al inca Manco Capac. Véase RAMÓN JOFFRÉ (2014, p. 84-88).

<sup>7</sup> A pesar de esa *negación del indígena* ni siquiera la Argentina “renunció” por completo al pasado precolombino. Como ha puesto de manifiesto Rípodas, en los primeros años de la Revolución de Mayo (1810-1821) en el territorio del hasta entonces Virreinato del Río de la Plata se produjo un brote de incaísmo que trascendió de manera parcial en la praxis política. Numerosos dirigentes criollos se sintieron fascinados por el mundo incaico y sus indígenas (RÍPODAS ARDANAZ, 1993, p. 227-258). Este “conato precolombino” tendría, sin embargo, fecha de caducidad y como bien ha señalado Quijada, aunque en la Argentina del siglo XIX no faltaron elaboraciones que situaran el origen de la comunidad nacional en el mundo anterior a la conquista, la ligazón entre el grupo primigenio y la nación actual se construyó sobre la base de un vínculo territorial; es decir, fue el territorio y no la sangre, el fundamento último de la continuidad (QUIJADA, 2003, p. 469-510).

<sup>8</sup> Es interesante observar cómo incluso se produjo una “competencia” entre las naciones por ensalzar la grandeza de cada una de las civilizaciones prehispánicas existentes en su territorio en relación a otras del continente. Así, por ejemplo, el político e intelectual guatemalteco Antonio Batres (1847-1929) llegaría a afirmar en su obra que “la escritura fonética de los mayas era más perfecta que la de pinturas o nudos usados por los demás pueblos”. Ver BATRES JAÚREGUI (1893, p. III).

<sup>9</sup> En el siglo XIX imperó la visión de un indio sumiso, conformista e inepto para el trabajo, especialmente para el trabajo “moderno”. Su apego a la tradición y a las costumbres les impedían, según las élites, entrar en el camino del progreso y la civilización por lo que

función de las respectivas coyunturas políticas y de las relaciones establecidas entre el Estado y las diversas poblaciones que lo habitaban, los indígenas serían excluidos o incluidos en el nuevo proyecto de nación. Así, los habitantes de los espacios periféricos, aquellos a los que el Estado-nación no pudo someter, fueron vistos como bárbaros. Y dado que en la nación civilizada no había cabida para la barbarie, el indio fue excluido cuando no eliminado.<sup>10</sup> Los ya incorporados a los procesos de dominación y aculturación fueron concebidos como ciudadanos, pero su inclusión se realizó siempre desde la perspectiva de la ignorancia y la inferioridad. *Cera blanda* y nuevamente menor ahora tutelados por el Estado.<sup>11</sup> Desde la perspectiva de la época, era necesario que *el espíritu realmente liberal y humanitario* penetrase en el indígena *instruyéndole y sacándole de su apatía* para, en la medida de lo posible, *hacerle desaparecer gradualmente en la masa de la civilización*. Esa era *la gloriosa misión encomendada al apoyo paternal de los gobiernos liberales e ilustrados*.<sup>12</sup>

---

suponían una rémora para las naciones que los albergaban. Se insistía en sus diferencias sociales y culturales, pero, en un contexto marcado por el positivismo y el darwinismo social, las diferencias biológicas y raciales cobraron cada vez más fuerza. De hecho, el *racismo de Estado* se convirtió en uno de los mecanismos básicos del ejercicio del poder.

<sup>10</sup> Como ha señalado Mónica Quijada, el que un grupo compartiese el territorio del Estado no conducía necesariamente a una perspectiva de inclusión. Un buen ejemplo es Argentina donde las élites pusieron en marcha una Conquista del Desierto basada en la ofensiva militar y la ocupación territorial. Los propios términos «conquista» y «desierto» no fueron casuales ya que este último fue utilizado como antónimo de la civilización. Pensar en el «desierto» implicaba aceptar que esa región era un *no man's land*, una «tierra de nadie», y que sus pobladores tradicionales no contaban para la civilización ya que habían quedado evolutivamente marginados de ella (QUIJADA, 1999, p. 675-704).

<sup>11</sup> A este respecto véanse por ejemplo los comentarios vertidos por Lorenzo Montúfar (1823-1898) en sus *Memorias*. Figura emblemática del liberalismo centroamericano decimonónico, al referir su elección como diputado y los problemas vinculados al proceso, Montúfar afirma que "...los liberales nos salvaron haciendo votar a los indios de Chinautla...". Continúa señalando cómo el padre Iturriós, cura de Chinautla en 1848 -fecha de las elecciones-, "...cuando vio que nuestra elección peligraba, trajo a todos los indios de aquel pueblo a votar por nosotros" (MONTÚFAR, 1898, p. 157-158). Se trata de una muestra significativa de la visión de ese nuevo ciudadano, quien es incluido en los nuevos rituales cívicos del Estado (como las elecciones) pero siempre "conducido".

<sup>12</sup> Así se expresaba a finales del siglo David Joaquín Guzmán (1843-1927), político, médico y escritor salvadoreño fundador del Museo Nacional de El Salvador. Véase GUZMÁN (1883, p. 507).

A pesar de las indudables diferencias nacionales es posible atisbar una postura común compartida por las élites de las jóvenes naciones: la negación de lazos entre los indios del pasado y los del presente.<sup>13</sup> Las glorias indígenas pretéritas no hacían sino subrayar la degradación de los indígenas contemporáneos, alejados –según sus criterios- de todo orden e incapaces de incorporarse al progreso. *De descenso en descenso, bajando hasta el último peldaño*,<sup>14</sup> los indios del presente fueron vistos como una rémora para el adelanto del país.<sup>15</sup> Se fraguó así la idea de que los vestigios precolombinos correspondían a civilizaciones perdidas y desaparecidas de las que no quedaba rastro alguno. Las “masas humanas” que aún pervivían en el continente eran, en opinión de las élites de la época, *anacronismos vivientes* (BATRES JÁUREGUI, 1893, p. 197). América había sido “emporio de soberbias ciudades y poderosos imperios” (BATRES JÁUREGUI, 1893, p. 4) y esa era la única raíz indígena que las nuevas naciones deseaban conservar y proyectar.

### El rescate del pasado: arqueología y nación

El rechazo del presente indígena fue acompañado así de una apropiación física y simbólica de su pasado, apropiación en la que los objetos<sup>16</sup> jugarían un papel determinante.<sup>17</sup> Concebidos por muchos de los jóvenes

---

<sup>13</sup> Esa negación de vínculos entre los indios del pasado y del presente sería también utilizada por los Estados como medio para deslegitimizar las reivindicaciones de los grupos indígenas, fundamentalmente las relacionadas con la propiedad de la tierra.

<sup>14</sup> Diario de Centroamérica, 16 de noviembre de 1869 (*apud* BARILLAS (1997, p. 47)).

<sup>15</sup> El abismo entre los discursos sobre los indígenas del presente y los del pasado prehispánico ha sido tratado por numerosos autores. Para el caso peruano ver MÉNDEZ (1996).

<sup>16</sup> El término “objeto” se utiliza en este texto para hacer referencia al conjunto del legado material de la época referida.

<sup>17</sup> Earle señaló ya el uso que las élites iberoamericanas hicieron de la cultura material para llevar a cabo este nuevo proyecto de nación. La autora apuntaba que si bien las “ruinas venerables y misteriosas” fueron incorporadas a la retórica nacionalista, las élites se esforzaron por enfatizar las discontinuidades que separaban ese pasado prehispánico de la población indígena contemporánea. De este modo, afirma Earle, los indígenas del pasado fueron considerados buenos para ser tomados en cuenta en la construcción de naciones, pero los indígenas contemporáneos no. Ver EARLY (2007).

Estados como un medio para la conformación de un “espíritu nacional”, los objetos constituyeron un privilegiado instrumento de propaganda y ejercicio del poder. Ellos referían la gloria y la grandeza pretéritas y corroboraban el alto grado de civilización alcanzado. Las “reliquias” precolombinas pasaron entonces a constituirse en símbolo y patrimonio de la patria y, consecuentemente, el “rescate” de ese pasado se convirtió en un *asunto de Estado*. La operación habría de materializarse a través de la búsqueda, el acopio y el traslado de los mismos desde sus lugares de origen hasta los “centros de la civilización”, las capitales de las jóvenes naciones. La arqueología se convirtió entonces en un mecanismo privilegiado para la construcción nacional.<sup>18</sup> En la aprehensión de la grandeza del pasado se hallaba el sustento de la nación contemporánea.

El proceso se extendió por todo el continente. Un buen ejemplo es Guatemala: poco después de su independencia las élites políticas comenzaron a promover el estudio de las antigüedades prehispánicas. Un decreto del 19 de enero de 1834 ordenaba realizar diversas exploraciones arqueológicas bajo la premisa del ennoblecimiento del Estado. Obviamente, no se trataba de una mera curiosidad científica o de una simple incorporación a la “moda arqueológica” dominante, sino que desde el poder se era absolutamente consciente del papel que el descubrimiento de “gloriosas ruinas y artefactos” podían jugar para la imagen de la nación.<sup>19</sup>

En Costa Rica, el interés por las “antigüedades de la patria” comenzó a partir de la segunda mitad del siglo XIX. El afán de las élites por *desenterrar el pasado* condujo a la apertura de innumerables necrópolis indígenas y los objetos extraídos se convirtieron en artículos cotizados y pasaron a formar parte de un activo mercado internacional. Al mismo tiempo para las élites del país su posesión supuso un signo de prestigio y de manifestación de su riqueza (SOLÓRZANO FONSECA, 2001, p. 83-100). Pero, sobre

---

<sup>18</sup> Como bien ha señalado Kristiansen, el auge del nacionalismo fue un factor determinante en el nacimiento de las más tempranas tradiciones de arqueología científica. Véase KRISTIANSEN (1981).

<sup>19</sup> No obstante, en opinión de algunos autores, esta reivindicación de lo prehispánico nacida en 1834 fue un hecho aislado y pasajero. Véase CHINCHILLA MAZARIEGOS, “Nacionalismo y arqueología”.

todo, esos objetos habrían de constituir instrumentos privilegiados en la construcción de la imagen exterior de la nación.<sup>20</sup>

Brasil tampoco escapó a esta corriente.<sup>21</sup> A partir de los años 40 las élites se esforzarían por reforzar los símbolos unificadores de la nación. La búsqueda del “antepasado” brasileño<sup>22</sup> y en particular de sus objetos cobró entonces un valor determinante. En numerosas ocasiones ese antepasado se desvincularía del continente americano para encontrar sus parientes próximos en el otro lado del Atlántico e, incluso, en misteriosas civilizaciones desaparecidas (LANGER, 2000). A partir del último tercio del siglo se produjo en Brasil una institucionalización de la práctica arqueológica. Se trató, como ha señalado Ferreira, de un verdadero proyecto político destinado a ennoblecer el pasado, lo que el autor denomina una “Arqueología Nobiliárquica”. Uno de los mejores ejemplos de ese proceso son los trabajos de Barbosa Rodrigues: a través de numerosas excavaciones, Barbosa constituiría una colección arqueológica de la “civilización amazónica”. Los objetos recogidos se convirtieron en las pruebas veraces de su existencia (MENEZES FERREIRA, 2010, p. 4-45)

---

<sup>20</sup> En opinión de diversos autores, a partir de 1851 comenzó a gestarse por parte de la cultura oficial costarricense el mito de un país blanco. Las Exposiciones Universales contribuyeron de manera decisiva a amplificarlo y consolidarlo ya que en ellas los indios fueron *desaparecidos de la nación*. Pese a todo, el país no renunció completamente a sus “otros indígenas”, los pretéritos y así, en la Exposición Histórico-americana celebrada en Madrid en 1892 con motivo del IV Centenario, Costa Rica envió a España una nutrida representación de objetos indígenas entre los que destacaban más de 400 piezas precolombinas procedentes de la región de Nicoya. Gran parte de esos objetos procedían de las excavaciones impulsadas en el último tercio del siglo XIX por el Estado costarricense y realizadas bajo la dirección de Anastasio Alfaro –futuro director del Museo Nacional. Sobre la imagen de los indígenas en esta república centroamericana véase DÍAZ ARIAS (2007, p. 58-72).

<sup>21</sup> Habitualmente, Brasil es presentado como un caso excepcional dentro del mundo iberoamericano pues gran parte de su historia decimonónica se desarrolló bajo el imperialismo monárquico. Sin embargo, a pesar de las diferencias estructurales entre el régimen político de Brasil y el resto de Hispanoamérica, es posible encontrar espacios ideológicos compartidos. La cuestión de la profundidad histórica, el uso de mitos fundadores, los esfuerzos por construir una identidad unificadora, la constitución de un cuerpo legal y de instituciones que sustentaran dicha identidad...fueron elementos compartidos. También, por supuesto, el uso del pasado y de los objetos.

<sup>22</sup> El origen de los indios brasileños constituyó uno de los ejes –polémicos– de las discusiones entre los intelectuales. Figuras de renombre como Gonçalves Dias, Gonçalves de Magalhães, Varnhagen y von Martius formaron parte de ese arduo debate.

y sirvieron además –a través de un método comparativo- para reforzar la idea del vínculo de esta “civilización” con el mundo asiático. También Emilio Goeldi –pese a discrepar con el discurso y las conclusiones de Barbosa en torno a esa “civilización amazónica”- compartió la idea de que estos objetos podían hablar y narrar el pasado y, en consecuencia, establecer discursos sobre el presente.

En el caso colombiano, desde mediados del siglo XIX el país fue testigo de numerosas prospecciones arqueológicas.<sup>23</sup> En 1854 vería la luz una obra determinante, la *Memoria sobre las antigüedades neogranadinas* de Ezequiel Uricoechea. La intención del investigador era estimular el estudio de los objetos del pasado como medio para conocer el grado de civilización conseguido por los diferentes pueblos que habían ocupado el ahora territorio colombiano. A los trabajos de Uricoechea les seguirían los de Liborio Zerda<sup>24</sup> quien tuvo bien presente el valor y la importancia de los objetos prehispánicos en la construcción de la nación.<sup>25</sup>

En Venezuela, el final de siglo estaría marcado por un arduo debate sobre el proceso de construcción de la historia nacional. Intelectuales como Rafael Villavicencio y Adolfo Ernst rechazaban que la historia venezolana se basara únicamente en las descripciones contenidas en los textos de Indias, la base esencial del discurso hasta ese momento. La nueva visión, revolucionaria para la época, otorgaba un valor sustancial a las evidencias empíricas que pudieran sustentar los hechos históricos. A partir de ese momento la práctica arqueológica cobraría un papel fundamental. Como

---

<sup>23</sup> Botero (2006) ha mostrado cómo, entre 1820 y 1845, se produjo en el país la creación y el surgimiento de una conciencia sobre el pasado prehispánico que, según la autora, responde a la confluencia de tres elementos fundamentales: el coleccionismo, la curiosidad y la actividad científica, y la búsqueda por parte de científicos, intelectuales y políticos colombianos por mostrar al mundo que Colombia era una nación civilizada.

<sup>24</sup> Zerda era miembro de la Sociedad de Naturalistas Neogranadinos. En 1873 iniciaría una recopilación de datos históricos sobre las poblaciones que habían habitado Colombia, particularmente la zona central. A partir de 1883 sus estudios serían difundidos a través del *Papel Periódico Ilustrado* y en 1885 sus trabajos serían compilados en el libro *El Dorado y la conquista de los muzos*. Véase VANEGAS CARRASCO (2010).

<sup>25</sup> No hay que olvidar que llegaría a desempeñarse como Ministro de Instrucción Pública de la República colombiana entre 1892 y 1895.

el resto de las élites iberoamericanas del momento, también la oligarquía criolla venezolana encontró en el pasado indígena uno de los ejes del discurso legitimador de la nación.<sup>26</sup>

En el Perú habría que esperar hasta finales del siglo XIX para ver en este propósito un planteamiento institucionalizado.<sup>27</sup> En ese momento ciertos individuos de la burguesía limeña, o relacionados estrechamente con ella, comenzaron a interesarse seriamente por la antigüedad del “hombre peruano”. Sin embargo, ya desde fechas anteriores es posible advertir un interés dentro del país por rescatar ese pasado prehispánico a través de la arqueología. Destaca así, durante la primera mitad del siglo XIX, la figura de Mariano Eduardo de Rivero y Ustáriz. En su condición de gobernador e ingeniero de minas, Rivero realizó -a partir de la década de 1820- exploraciones arqueológicas en diferentes partes del país y él fue el primero en publicar una obra sobre el tema (1841). En 1851 apareció *Antigüedades peruanas*, escrita en colaboración con el científico suizo J. J. von Tschudi. En el preámbulo de esta obra, dedicada a la “Soberanía Nacional”, el propio Rivero afirmaba que “estos testigos mudos pero elocuentes, revelan la historia de sucesos pasados y nos muestran la inteligencia, poder y grandeza de la nación que rigieron nuestros Incas” (RIVERO, 1851, p. 14).

Estas excavaciones decimonónicas, que presentaban modelos de científicidad eclécticos, contribuyeron a generar y legitimar un discurso sobre el pasado de las jóvenes naciones. Estas precisaban de narraciones cargadas de profundidad histórica que hundieran sus raíces en los tiempos remotos y que mostraran al mundo la *antigüedad del hombre americano* y, muy especialmente, sus logros materiales. Y los vestigios proporcionaban una

---

<sup>26</sup> Así, a partir de 1887 se realizaron diversas prospecciones arqueológicas en el Valle de Caracas, en la cuenca del Lago de Valencia, en la región del Alto Orinoco, y en la Cordillera Andina. De ellos se extrajeron numerosos objetos con el fin de conocer los *orígenes de la república*. Ver MENESES PACHECO (2010, p. 21-53).

<sup>27</sup> Algunos autores vinculan ese interés por conocer la “realidad peruana” a la debacle en la guerra con Chile (1879 - 1883). El fin de los esfuerzos académicos sería, por un lado, explicarse las causas del desastre y, por otro, conseguirla “regeneración” del país. El fuerte sentimiento nacionalista del momento “provocaría” el deseo de resaltar los valores más importantes de la cultura patria: la lengua, las tradiciones, el paisaje. Ver HAMPE MARTÍNEZ (1998, p. 139-165).

referencia innegable de la antigüedad de la patria. La arqueología *hacia visible lo pretérito*, permitía encontrar el sostén y fijar las “fronteras” de la nación. *Las sagradas ruinas* –reservorio material y simbólico– contribuyeron así a cimentar la nacionalidad y, al tiempo, generaron arqueo-espacios<sup>28</sup> delimitando nuevos mapas del territorio. La arqueología devino así no sólo una fuente de conocimiento sino sobre todo un preciado instrumento en la construcción de los discursos fundacionales. Profundamente vinculada a la conformación de un proyecto (político) de nación,<sup>29</sup> la práctica arqueológica fue una potente herramienta para la colonización del pasado y para la patrimonialización del mundo precolombino.

### **Sagradas reliquias en nuevos templos: museos y conformación de la identidad nacional**

Paralelamente a ese proceso de definición y selección de los objetos *auténticos* que representaban y simbolizaban a la nación, el Estado se convirtió en su verdadero y único custodio y depositario, en el encargado de proteger, conservar y transmitir ese legado a las generaciones

---

<sup>28</sup> Sobre el concepto de arqueo-espacio y la importancia de la arqueología en los procesos de construcción de los discursos nacionales véase CASTRO-KLAREN (2005. p. 161-184).

<sup>29</sup> Las implicaciones políticas de la arqueología son incuestionables. Uno de los ejemplos más significativos para este momento es Julio Tello (1880-1947). Personaje central en el desarrollo de la Arqueología peruana de finales del XIX y primera mitad del siglo XX, Tello es comúnmente considerado el re-descubridor del pasado indígena. Son bien conocidas sus polémicas académicas con Max Uhle (1856-1944), especialmente su oposición antagónica respecto al origen de los peruanos (autoctonismo de Tello frente a aloctonismo de Uhle). En un contexto político cargado de reivindicaciones nacionalistas la tesis autoctonista constituía sólo una propuesta académica sino un asunto profundamente vinculado a la cuestión de la identidad nacional. Sobre la polémica Tello-Uhle véase RAMOS (2013, p. 197-214). Tello, arqueólogo y parlamentario, representa no sólo una tradición arqueológica sino un verdadero proyecto político. Hasta el día de hoy, numerosos arqueólogos del país andino lo identifican como el descubridor del *ancestro étnico* fundamental para el desarrollo de la nacionalidad. Por otro lado, la oposición entre ambos se inscribe en la lógica nacional-extranjero: Tello representaría la producción nacional, esa que contribuye a “construir la patria”.

futuras.<sup>30</sup> Como bien ha señalado Anderson, los museos y la imaginación museística son profundamente políticos (ANDERSON, 1993, p. 249). Receptáculos del tesoro espiritual de la patria, los museos nacionales iberoamericanos fueron concebidos como espacios “sagrados” que permitieran a los visitantes el ejercicio de esa tarea ritual consistente en revivir las glorias pretéritas de una comunidad imaginada. A través de ellos las élites buscaron trasladar al conjunto de la sociedad sus valores e ideología y, dentro de ese proceso de construcción nacional, se revelaron como espacios esenciales para la creación, organización, unificación y materialización de un imaginario colectivo.<sup>31</sup>

Uno de los más claros ejemplos de este proceso lo constituye México. En 1825 Lucas Alamán dictó una orden cuyo fin era que con las antigüedades que existían en la capital se formase un Museo Nacional, dedicando para ello uno de los salones de la Universidad. Un decreto de 1831, también promulgado por él, daría existencia legal definitiva a la institución (MORALES MORENO, 1994, p. 36-37). Su desarrollo parece haber sido poco dinámico hasta 1865.<sup>32</sup> En realidad, los avatares históricos hicieron

---

<sup>30</sup> Conscientes del valor de estos objetos muchas de estas naciones dictarían normas destinadas a reafirmar el dominio del Estado sobre ellos y a limitar –o prohibir– la salida de los mismos de sus territorios. Esas legislaciones protectoras, que no pudieron impedir sin embargo la partida de muchos de estos objetos del espacio americano, estipulaban –en la mayor parte de los casos– que una vez descubiertos o encontrados debían ser entregados al “museo nacional”. Así, en 1896 se promulgó en México la *Ley sobre exploraciones arqueológicas* –cuyo objetivo fundamental era establecer un control sobre las excavaciones realizadas por particulares imponiendo la necesidad de una concesión administrativa otorgada por el Estado para poder llevarlas a cabo. Un año después, en 1897, se promulgó la *Ley relativa a los monumentos arqueológicos* que declaró esta propiedad de la nación. Véase EARLE (2006, p. 30-33).

<sup>31</sup> En este sentido resulta sumamente elocuente la frase de David J. Guzman, primer director del Museo Nacional de El Salvador (inaugurado el 9 de octubre de 1883 durante la presidencia de Manuel Zaldívar). Para él, “el Museo Nacional no es una vana palabra, un establecimiento destinado a coleccionar, simplemente, objetos curiosos o destinados a estudios teóricos sobre ciencias naturales o biológicas, sino un centro destinado a dar las más grandes amplitudes a la riqueza nacional, hoy cubierta por nuestra apatía e ignorancia, y por los pocos estímulos que se dan para que lleguemos a ser un país inteligente, productor, rico, y cordial con todas las naciones que tienen su mirada fija en estas ricas comarcas del nuevo mundo” (GUZMÁN, 2000).

<sup>32</sup> En esas fechas el emperador Maximiliano –influido probablemente por las actividades y

que la institución sufriera un cierto letargo hasta la llegada de Porfirio Díaz (1876-1880 y 1884-1911), su verdadero impulsor. El 16 de septiembre de 1887, fecha profundamente significativa,<sup>33</sup> se abrió al público una sala de arqueología totalmente remodelada que, bajo el nombre de “Galería de Monolitos”, presentaba una colección de monumentales esculturas aztecas. Un pasado precolombino escogido se convertía en referente de la nación. Como ha señalado Bustamante, a partir de este momento el Museo entraba en su mayoría de edad y asumía la pedagogía patriótica como uno de sus objetivos prioritarios. El apoyo y la protección gubernamentales fueron evidentes hasta el punto que la institución constituyó una pieza clave en la definición de las políticas arqueológicas y en la protección del patrimonio nacional (BUSTAMANTE GARCÍA, 2005, p. 303-318). De esta manera, el Museo Nacional se convertía definitivamente en una institución no sólo creadora sino sobre todo legitimadora de la historia oficial.

En el caso peruano, una noticia publicada en la *Gaceta del Gobierno* del 16 de marzo de 1822 anunciaba la intención por parte de los próceres de la patria de establecer un Museo Nacional (AYLLÓN DULANTO, 2010, p. 24). La nota resulta especialmente interesante pues vincula civismo y coleccionismo al apuntar la conveniencia de que todos aquellos ciudadanos, *amantes de la honra de su país*, contribuirían a enriquecerlo donando al Estado cuantos objetos poseyesen, de modo que pudiese conformarse en el Perú una colección singular que mostrase las ventajas que esta nación poseía y que *no son comunes a las otras partes del mundo*. Entre los objetos mencionados se hacía expresa mención a los *venerables restos* del antiguo Imperio de los Incas. Se expresaba la necesidad de custodiarlos y protegerlos para evitar la salida del país *como lo han sido hasta aquí, porque era un interés de la España el borrar todos los vestigios de la antigua civilización y grandeza* (AYLLÓN DULANTO, 2010, p. 24). Pocos días después, el 2 de abril de 1822, se publicaba un decreto

---

los resultados obtenidos por la Comisión Científica Franco-Mexicana- decidió trasladarlo a una nueva sede ubicada a un costado del propio Palacio de Gobierno (en la antigua Casa de la Moneda), donde se mantendría a lo largo de los siguientes cien años.

<sup>33</sup> La mañana del 16 de septiembre de 1812 dio inicio la guerra de Independencia de México. En 1825 esa fecha quedó convertida en festividad nacional.

que prohibía la extracción de objetos de las huacas y disponía que los que se confiscaran fueran entregados al Museo Nacional, que por entonces era tan sólo un proyecto. El Museo no sería creado hasta algunos años después.<sup>34</sup> Su gran impulsor fue el ya mencionado Rivero y Ustáriz<sup>35</sup> quien además sería su primer director. De hecho, la institución se sustentaría en gran medida, al menos en un primer momento, sobre la base de los objetos encontrados en sus propias excavaciones. En 1859, Karl Scherzer, un prestigioso naturalista alemán,<sup>36</sup> lo visitó y señaló que lo más importante que contenía eran, precisamente, *las antigüedades peruanas, armas, momias y los llamados huacos o vasijas cerámicas, ollas y otros artículos de antiguas tumbas indias* (AYLLÓN DULANTO, 2010, p. 38). A finales de siglo el Museo contaba con una colección compuesta por más de 5000 objetos de los que formaban parte importante las denominadas antigüedades peruanas.<sup>37</sup>

El Museo Nacional de Costa Rica, creado en 1887 bajo la presidencia de Bernardo Soto, se ubica en el marco de un “nacionalismo oficial” (VIALES HURTADO, 1995, p. 99-123). A través de esta institución el Estado buscó dotar al país de un establecimiento público que acogiera sus “riquezas”, entre ellas, los objetos precolombinos, parte esencial de su discurso sobre la nación.<sup>38</sup> Algo similar puede decirse del

---

<sup>34</sup> El 2 de diciembre de 1825 a través de un decreto firmado por Hipólito Unanue.

<sup>35</sup> Antes de organizar el Museo Nacional del Perú, Rivero había hecho lo propio en Colombia, donde el 28 de julio de 1823 –coincidiendo con el segundo aniversario de la declaración de la independencia del Perú– se había creado el Museo Nacional del mencionado país, del cual fue su primer director.

<sup>36</sup> Scherzer formaba parte de la expedición científica organizada por Alexander von Humboldt.

<sup>37</sup> El conflicto sostenido con Chile marcaría el fin de esta institución a la que habría de suceder, en 1905, un nuevo Museo de Historia Nacional fundado durante el primer mandato del presidente José Pardo y Barreda (1904-1908) y en el que se eligió como el encargado de la sección prehistórica (“Sección de Arqueología y de las Tribus Salvajes”) al investigador alemán Max Uhle. Ver TANTALEÁN (2010, p. 143).

<sup>38</sup> En 1888 el Museo recibió la donación de la colección prehispánica de José Ramón Rojas Troyo. El “Legado Troyo” estaba constituido por una importante cantidad de piezas prehispánicas procedentes de Agua caliente de Cartago entre las que destacaban las denominadas “piedras de sacrificios” y las “piedras verdes” (muy valoradas también desde el punto de vista económico). Posteriormente, el Museo completaría sus colecciones con la compra de la colección precolombina de J. J. Matarrita. El gobierno, previo pago de 2000 pesos, se hizo con un importante conjunto de Nicoya. Comenzaba a vislumbrarse ya

Museo Nacional de Colombia: nacido poco después de la independencia (en 1823), su nacimiento está ligado a las reformas emprendidas por el presidente Francisco de Paula Santander. La institución formaba parte de un ambicioso programa destinado a “modernizar” el país. En esa búsqueda por incorporarse al futuro el pasado se hizo bien presente. Así, en 1826, se señalaba -entre sus bienes más preciados- una capa que supuestamente había portado la esposa del Inca Atahualpa. En palabras de Antonio José de Sucre<sup>39</sup>—donante de la obra- este “monumento de la antigüedad” resultaba de vital importancia una vez que *las tropas de nuestra patria han vengado la sangre de los inocentes incas y libertado su antiguo imperio* (ACOSTA y PLAZAS, 2011). Un sutil hilo permitía armar la trama que daba forma al relato de la nación.

Brasil resulta un caso sumamente interesante. Aquí, el Museo Nacional nació en 1818 —bajo el nombre de Museo Real- de la mano de Juan VI, rey de Portugal. No obstante, su consolidación se produciría bajo el mandato del Pedro II. Durante su largo reinado (1831-1889) la institución se convertiría en uno de los museos iberoamericanos de referencia. Espacio para la divulgación científica, el Museo participó también de manera activa en la organización de la representación brasileña en las exposiciones internacionales (RODRIGUES-CARVALHO; ARAÚJO CARVALHO; MARTINS, 2012, p. 223-228). Entre sus fondos “privilegiados” se hallaban precisamente los vestigios arqueológicos de la Amazonía. Su importancia —y su valor- quedan de manifiesto en los debates que se sucedieron en la comunidad científica brasileña en torno al acceso a los lugares arqueológicos y a la propiedad misma de los objetos. Ladislau Netto, director de la institución desde 1870, concebía el Museo Nacional como el único espacio “legítimo” para albergarlos. Sin embargo, esta no fue una idea compartida por la totalidad del mundo científico. Así, en el último tercio del siglo XIX, se produjo un “enfrentamiento” entre el Museo Nacional y otros museos

---

la importancia otorgada a esta cultura dentro de la construcción de la imagen del país. Ver VIALES HURTADO (1995, p. 99-123).

<sup>39</sup> Conocido como el Gran Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre (1795-1830) es considerado uno de los próceres de la independencia americana. En 1825 remitió una carta a Jerónimo Torres Tenorio, el entonces director del Museo, anunciándole la donación del “manto o acso de la reina mujer de Atahualpa”.

regionales, fundamentalmente el Museo Paraense, en torno a estos y otros objetos. Tras las luchas culturales se escondía en realidad una lucha política en la que entraban en juego identidades periféricas alternativas al modelo hegemónico de nación (SANJAD, 2011, p. 133-164).

Por otro lado, en un contexto en el que se imponía el paradigma de la ciencia moderna como única vía legítima para la producción de conocimientos, el museo se convirtió no sólo en el depositario y custodio del pasado sino sobre todo en uno de los propietarios monopolistas de su análisis.<sup>40</sup> De este modo, el pasado se hizo gradualmente hegemónico y encontró aquí el escenario perfecto para ser representado. Gracias a su “supremacía” intelectual, el museo nacional poseyó la potestad no sólo de coleccionar, clasificar y sistematizar los objetos sino de seleccionar aquellos que habrían de custodiarse en sus almacenes o exhibirse en sus vitrinas organizando todos ellos en base a determinados criterios, métodos y mitos. A través de objetos escogidos fue educada y fijada la mirada sobre el mundo precolombino. Y así, finalmente, los museos terminarían por construir imágenes y discursos sobre la nación en los que hubo indígenas presentes y ausentes, valiosos e inapreciables.

### **Pasado si, pero escogido...**

Toda biografía de la nación contiene señaladas ausencias narrativas. El discurso canónico creado en los museos nacionales silenció fragmentos considerados no aptos para ser incorporados al discurso nacional. Por esa razón, aunque el mundo precolombino fue visto por las naciones iberoamericanas como el tiempo sagrado con el que dotarse de profundidad histórica, el proceso de recuperación y reinención del pasado indígena fue selectivo y en él hubo indios escogidos e indios rechazados.

---

<sup>40</sup> Aunque en contadas ocasiones las *leyendas y cuentos* de los indígenas sobre el pasado se incorporaron a los trabajos arqueológicos, la mayor parte de las veces éstas quedaron relegadas al ámbito de lo fantástico y lo irracional lo que no hizo sino socavar aún más el saber que los indígenas del presente podían poseer sobre ese mundo prehispánico.

Guarín ha mostrado cómo, por ejemplo, en el caso de Colombia el discurso sobre los tiempos pretéritos tuvo como eje exclusivo a los Muisca quienes en el transcurso del siglo XIX acabarían siendo elevados al rango de “civilización”.<sup>41</sup> En un contexto en el que el desprecio por los indígenas vivos crecía cada día y se manifestaba políticamente en la legislación y en su absoluta marginación política, empezó a cobrar fuerza la idea de un Estado prehispánico muisca. Al mismo tiempo, se fue gestando una “historia oficial republicana” que repudiaba a los “bárbaros de tierra caliente” y convertía a los indios del altiplano en la “civilización” por excelencia en esta parte de América. Intelectuales como Uricoechea<sup>42</sup> y, fundamentalmente, Zerda se esforzarían por demostrar el alto grado de civilización alcanzado por esta población indígena, “la tercera más importante de América después de aztecas e incas”. Junto a la arqueología y la historia, la literatura hizo el resto: la construcción de la identidad y de la imagen de la nación se fraguó también sobre la base de la novela histórica. Ficción y pasado confluyeron y apareció un mundo precolombino fantástico. En un contexto marcado por el romanticismo y el exotismo, el indio prehispánico devino un privilegiado sujeto protagonista. De este modo, los Muisca, indios valiosos, se convirtieron en los ancestros de la nación colombiana (GUARÍN MARTÍNEZ, 2005, p. 228-246).

Algo similar puede decirse de México donde los aztecas vinieron a asumir la representación de toda la cultura prehispánica de la nación:

---

<sup>41</sup> Ya en 1793 había aparecido un artículo escrito por Manuel del Socorro Rodríguez y publicado en el *Papel Periódico* de Santa Fe de Bogotá referido a estos antiguos habitantes del altiplano en los que se mencionaban algunos de sus rasgos positivos y se ensalzaba la figura de Sogamoso, un “Sumo sacerdote” que destacaba por sus valores morales. El fin de este tipo de trabajos era rebatir las opiniones negativas de europeos como de Pauw y el conde de Buffon quienes en sus escritos negaban la existencia en el Nuevo mundo de condiciones para la civilización. A partir de ese momento, otras publicaciones destacarían los rasgos humanos y civilizatorios de esta cultura. Lo interesante es que, hacia la mitad del siglo XIX, mientras en Colombia el desprecio por los indígenas vivos iba en aumento y se manifestaba políticamente en la legislación y en su absoluta marginación política, empezó a cobrar fuerza la idea de un Estado prehispánico muisca.

<sup>42</sup> En 1858 Ezequiel Uricoechea publicó en París su texto *Memoria sobre las antigüedades neogranadinas*, donde tomaba al pie de la letra lo fundamental sobre los muisca escrito por autores precedentes como Acosta. Lo interesante es que intentó dar cuerpo a la hipótesis sobre el origen japonés de esta cultura.

la piedra, el nopal, el águila y la serpiente -tetralogía fundamental de la cosmovisión y de los mitos aztecas- fueron la base para la elaboración de los símbolos patrios, la bandera y el escudo nacionales. En el proceso de construcción de la identidad nacional el altiplano mexicano se constituyó en el centro político y simbólico. De esta manera, el Septentrión y los espacios ubicados al sur del istmo de Tehuantepec quedaron al margen de la representación simbólica del “verdadero territorio patrio”, aquel que coincidía con el área central mesoamericana.<sup>43</sup>

El caso de Perú resulta particularmente significativo. Durante el siglo XVIII la sociedad colonial del virreinato había experimentado un fenómeno cultural -denominado por John Rowe “el movimiento nacional inca”- que implicó el resurgimiento y la reelaboración de diversas tradiciones de esta cultura indígena y que quedó reflejado en el teatro, la pintura e incluso la vestimenta.<sup>44</sup> Esta apelación recurrente al simbolismo incaico y la exaltación de su pasado imperial por parte de los criollos se hizo aún más evidente en la época de la Independencia. A partir de ese momento, la retórica oficial convertiría al pasado incaico en el pasado glorioso del país y los incas se transformarían en el arquetipo nacional.<sup>45</sup>

---

<sup>43</sup> Ya Lorenzo Boturini en su *Historia general de la América septentrional* (publicada en 1746) en la que recopila testimonios sobre la Nueva España prehispánica, se limitaba al altiplano mexicano de habla náhuatl. Pero serán autores como Clavijero quienes en su búsqueda por conformar la nueva identidad criolla emprendan el rescate de un mundo indígena escogido, el pasado azteca, para afianzarla. Su finalidad será la construcción de una identidad propia a partir de una gloriosa historia supuestamente común. De esta manera, en el siglo XIX se había consolidado ya dentro de las élites una imagen de la nación vinculada a un pasado prehispánico selectivo: la antigua Tenochtitlán, convertida ahora en capital de la nación, Moctezuma y especialmente Cuauhtémoc, y el Anáhuac –el territorio dominado por los aztecas-, se convertirían en los referentes físicos y simbólicos de la patria.

<sup>44</sup> Se trató de un movimiento dirigido por la nobleza inca que tenía móviles concretos y, por supuesto, expresiones políticas y que culminaría en el gran levantamiento de 1780. La represión que siguió a la rebelión implicó, entre otras medidas, la supresión de los cacicazgos rebeldes y la prohibición explícita, para las poblaciones indígenas, de todo tipo de manifestaciones que pudiesen revivir la tradición inca. Pero esas prohibiciones tuvieron como efecto que, a partir de ese momento, los criollos se “apropiasen” y asumiesen como propia la reproducción de las tradiciones y la simbología incas. Ver MÉNDEZ (1996).

<sup>45</sup> Como ha señalado Ramón Joffré, a lo largo de todo el siglo XIX los restos materiales “incas” eran ubicuos ya que casi todo lo precolonial era automáticamente identificado

## Conclusiones

El patrimonio –y el uso de éste- se hallan íntimamente ligados al surgimiento y la consolidación de la nación durante el siglo XIX ya que junto a los proyectos territoriales, políticos y socio-económicos los Estados construyeron también proyectos culturales que sirvieron para fijar las identidades. Esto es especialmente evidente en el mundo iberoamericano donde los vestigios materiales precolombinos contribuirían de forma esencial a la legitimación de la nueva historia nacional. El proceso de patrimonialización del mundo prehispánico iniciado desde el poder buscó extender la idea de un pasado material único, compartido y, sobre todo, indisputable. Definidos los objetos *auténticos* que representaban y simbolizaban a la nación, el Estado se convirtió en su verdadero y único custodio y depositario, en el encargado de proteger, conservar y transmitir ese legado a las generaciones futuras. Y dado su valor, ideó para ellos lugares apropiados. Los museos se convirtieron así en espacios preferentes para la difusión de la identidad colectiva.

Obviamente, este metarrelato sobre el pasado presentó fisuras, vaivenes y contradicciones. Pese a todo, en líneas generales, logró imponerse generando en el imaginario colectivo un vínculo “sagrado” entre el territorio nacional y la cultura material que este albergaba.

Como ha señalado Zermeño Padilla “el nacionalismo sólo se entiende si se observan los usos que la modernidad ha hecho del pasado” (ZERMEÑO PADILLA, 2002, p. 67). Los jóvenes Estados iberoamericanos comprendieron pronto que la construcción y reafirmación de su identidad precisaba de una nueva y sólida tradición. Y el pasado precolombino fue visto como el tiempo sagrado dador de profundidad histórica. Los objetos reflejaban, precisamente, la grandeza y profundidad de ese pasado y contribuían además a establecer una suerte de ligazón mística entre las antiguas civilizaciones y el presente.

Esas naciones embrionarias precisaban de un espacio territorial definido cuyos miembros estuvieran vinculados por un conjunto de

---

como tal. Durante la segunda mitad del siglo XIX e inicios del XX, los incas poblaron el imaginario oficial patrio. RAMÓN JOFFRÉ (2014, p. 25; 74).

creencias, valores y tradiciones compartidos. Pero la heterogeneidad de estas sociedades hacía difícil la cohesión. Por eso, junto a los diferentes mecanismos de homogeneización iniciados desde el poder, las élites se esforzaron por encontrar un nexo de unión, y el glorioso pasado prehispánico –y especialmente sus objetos, reflejo evidente del mismo– constituyeron un eje central de este proceso. De este modo, *las reliquias sagradas de los indios muertos* constituyeron auténticos instrumentos para configurar una memoria oficial colectiva y construir una imagen de la nación.

## Referencias

- ACOSTA LUNA, Olga Isabel; PLAZAS GARCÍA, María Catalina. El manto o acso de la reina mujer de Atahualpa. ¿Una prenda de la última reina del Perú? *Cuadernos de Curaduría*, Museo Nacional de Colombia, n. 12, 2011.
- ANDERSON, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- ALEGRÍA LICUIME, Luis. Museos y Campo Cultural: Patrimonio indígena en el Museo de Etnología y Antropología de Chile. *Conserva*, Chile, n. 8, 2004.
- AYLLÓN DULANTO, Fernando. *El Museo del Perú. Historia del Museo del Congreso y de la Inquisición*. Congreso de la República. 1a edición 2003; 2a edición 2005; 3a edición 2006; 4a edición 2009; quinta edición actualizada al 31 de diciembre de 2010. Disponible en: <<http://www.congreso.gob.pe/museo/historia-museo-1.pdf>>. Consultado el: 06 mar. 2011.
- BARILLAS, E. *El problema del indio durante la época liberal*. Guatemala: Universidad de San Carlos de Guatemala, Escuela de Historia, Instituto de Investigaciones Históricas, Antropológicas y Arqueológicas, 1997.
- BARNES, Barry. *La naturaleza del poder*. Barcelona: Ediciones Pomares-Corredor, 1990.

- BATRES JAÚREGUI, A. *Los indios, su historia y su civilización*. Guatemala: Establecimiento Tipográfico La Unión, 1893.
- BOTERO, Clara Isabel. *El redescubrimiento del pasado prehispánico de Colombia: viajeros, arqueólogos y coleccionistas, 1820-1945*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia - Universidad de los Andes, 2006.
- BUSTAMANTE GARCÍA, Jesús. La conformación de la antropología como disciplina científica, el Museo Nacional de México y los Congresos Internacionales de Americanistas. *Revista de Indias*, Madrid, v. LXV, n. 234, 2005.
- CASAÚS ARZÚ, Marta. Museo Nacional y museos privados en Guatemala: patrimonio y patrimonialización. Un siglo de intentos y frustraciones. *Revista de Indias*, Madrid, v. LXXII, n. 254, 2012.
- CASTRO-KLAREN, Sara. The Nation in Ruins: Archeology and the Rise of the Nation. En: CASTRO-KLAREN, Sara; CHASTEEN, John Charles (Ed.). *Imagined Communities: Reading and Writing the Nation in Nineteenth-Century Latin America*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 2005.
- CHÁVEZ, Jorge. *Los indios en la formación de la identidad nacional*. México: Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 2003.
- CHINCHILLA MAZARIEGOS, Oswaldo. Nacionalismo y arqueología en la Guatemala de la Independencia. En LAPORTE, J. P.; ESCOBEDO, H. (Ed.). *VII Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala*. Guatemala: Museo Nacional de Arqueología y Etnología, 1994.
- DÍAZ ARIAS, David. Entre la guerra de castas y la ladinización. La imagen del indígena en la Centroamérica liberal, 1870-1944. *Revista de Estudios Sociales*, Colombia, n. 26, 2007.
- DÍAZ CABALLERO, Jesús. El incaísmo como primera ficción orientadora en la formación de la nación criolla en las Provincias Unidas del Río de la Plata. *A Contracorriente - Revista de Historia Social y Literatura en América Latina*, North Carolina State University, v. 3, n. 1, 2005.
- EARLE, Rebecca. Monumentos y museos: la nacionalización del pasado precolombino durante el siglo XIX. En: VITERBO, B (Ed.).

- Galerías del progreso. Museos, exposiciones y cultura visual en América Latina.* Rosario: Estudios Culturales, 2006.
- \_\_\_\_\_. *The Return of the Native: Indians and Myth-Making in Spanish America, 1810-1930.* Durham and London: Duke University Press, 2007.
- FERREIRA, Lúzio Menezes. *Territorio primitivo: a institucionalização da arqueologia no Brasil (1870-1917).* Porto Alegre: Editora Universitaria de PUCRS, 2010.
- GÄNGER, Stefanie. ¿La mirada imperialista? Los alemanes y la arqueología peruana. *Histórica*, Perú, v. XXX, n. 2, 2006.
- GARCÍA BARRAGÁN, Elisa. La arquitectura *neo-indigenista* mexicana del siglo XIX. *Jahrbuchfür Geschichte von Staat, Wirtschaftund Gesellschaft Lateinamerikas*, Alemania, v. 20, 1983.
- GUARÍN MARTÍNEZ, Óscar. De bárbaros a civilizados: la invención de los muisca en el siglo XIX. En: GÓMEZ LONDOÑO, A. M. (Ed.) *Muisca: Representaciones, cartografías y etnopolíticas de la memoria.* Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2005.
- GUZMÁN, David J. *Apuntamientos sobre la topografía física de la República de El Salvador.* San Salvador: Tipografía El Cometa, 1883.
- \_\_\_\_\_. El Museo y sus propósitos. *Anales*, n. 3 (1903). En: CASTRO, Carlos (Comp.). *Obras Escogidas David J. Guzmán.* El Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, 2000.
- HAMPE MARTÍNEZ, Teodoro. Max Uhle y los orígenes del Museo de Historia Nacional (Lima, 1906 - 1911). En: KAULICKE, Peter (Ed.). *Max Uhle y el Perú antiguo.* Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1998.
- HOBBSAWM, Eric J. *Naciones y Nacionalismos desde 1780.* Barcelona: Editorial Crítica, 1998.
- KOHL, P. L y FAWCETT, C. (Ed.). *Nationalism, politics, and the practice of archaeology.* Cambridge: Cambridge University Press, 1995.
- KRISTIANSEN, Kristian. A Social History of Danish Archaeology (1805-1975). In GLYN, D. (Ed.) *Towards a History of Archaeology.* London: Thames and Hudson, 1981.
- LANGER, Johnny. *Ruínas e mito: a arqueologia no Brasil Império.* Tese de Doutorado em História. Curitiba: Universidade Federal do Paraná, 2000.

- MÉNDEZ, C. *Incas Sí, Indios No*: Apuntes para el estudio del nacionalismo criollo en el Perú. Lima: IEP. Documentos de trabajo n. 56, 1996.
- MENESES PACHECO, Lino. La arqueología venezolana de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX. En: NASTRI, J.; MENEZES FERREIRA, L. (Ed.) *Historias de Arqueología Sudamericana*. Buenos Aires, Argentina: Fundación de Historia Natural Félix de Azara, 2010.
- MONTÚFAR, Lorenzo Montúfar. *Memorias autobiográficas*. Guatemala: Tipografía Nacional, 1898.
- MORALES MORENO, Luis Gerardo. *Orígenes de la museología mexicana. Fuentes para el estudio histórico del Museo Nacional, 1780-1940*. México: Universidad Iberoamericana, 1994.
- PÉREZ VEJO, Tomás. Los hijos de Cuauhtémoc: el paraíso prehispánico en el imaginario mexicano decimonónico. *Araucaria - Revista de Filosofía, Política y Humanidades*, Buenos Aires, año 5, n. 9, 2003.
- POULOT, Dominique. *De l'héritage monumental à l'entreprise de patrimoine: pour une histoire de la transmission culturelle en France, XVIIIe-XXe*. Florence: European University Institute, 1991.
- QUIJADA, Mónica. La ciudadanización del «indio bárbaro». Políticas oficiales y oficiosas hacia la población indígena de La Pampa y La Patagonia, 1870-1920. *Revista de Indias*, Madrid, v. LIX, n. 217, (1999).
- \_\_\_\_\_. ¿Hijos de los barcos o diversidad invisibilizada? La articulación de la población indígena en la construcción nacional argentina (siglo XIX). *Historia Mexicana*, México D. F., v. 53, n. 2, p. 469-510. 2003.
- RAMÓN JOFFRÉ, Gabriel. *El Neoperuano. Arqueología, estilo nacional y paisaje urbano en Lima. 1910-1940*. Lima: Sequilao Editores, 2014.
- RAMOS, Alejandra. Max Uhle-Julio Tello: Una polémica académico-política en la conformación de la arqueología peruana. *Runa*, v. 34, n. 2, 2013.
- RÍPODAS ARDANAZ, Daisy. Pasado incaico y pensamiento político rioplatense. *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, Alemania, v. 30, 1993.
- RIVERO USTÁRIZ, M.; TSCHUDI, Juan Diego. *Antigüedades peruanas*. Viena: Imprenta Imperial de la Corte y el Estado, 1851.
- RODRIGUES-CARVALHO, Claudia; CARVALHO, Marcelo; ARAUJO Y

- MARTINS, Wagner. Del Museo Real al Museo Nacional. *Revista del Museo Argentino de Ciencias Naturales*, Buenos Aires, v. 14, n. 2, 2012.
- RODRÍGUEZ PRAMPOLINI, Ida. *La crítica de arte en México en el siglo XIX. Estudio y documentos, 1810-1858*. México: Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Investigaciones Históricas, 1997.
- SANJAD, Nelson. “Ciência de potes quebrados”: nação e região e arqueologia brasileira do século XIX. *Anais do Museu Paulista*, São Paulo, v. 19, n. 1, 2011.
- SOLÓRZANO FONSECA, J. C. Reflexiones en torno a la historiografía y la arqueología en Costa Rica durante el siglo XIX. *Anuario de Estudios Centroamericanos*, Universidad de Costa Rica, v. 27, n. 1, 2001.
- SOTO QUIRÓS, Ronald. Desaparecidos de la nación”: los indígenas en la construcción de la identidad nacional costarricense 1851-1942. *Revista de Ciencias Sociales*, Costa Rica, n. 82, 1998.
- TANTALEÁN, Henry. El pasado tras el espejo: arqueología y nacionalismo en el Perú. En: NASTRI, J.; MENEZES FERREIRA, L. (Ed.) *Historias de Arqueología Sudamericana*. Buenos Aires, Argentina: Fundación de Historia Natural Félix de Azara, 2010.
- VANEGAS CARRASCO, Carolina. La imagen arqueológica en la construcción de la imagen de la nación en Colombia a partir del álbum Antigüedades neogranadinas de Liborio Zerda. En: GUZMÁN, F.; MARTÍNEZ, J. M. (Ed.) *Arte americano e Independencia. Nuevas Iconografías*. Santiago de Chile: DIBAI, UAI, CREA, Museo Histórico Nacional, 2010.
- VIALES HURTADO, Ronny. El Museo Nacional de Costa Rica y los albores del discurso nacional costarricense (1887-1900). *Vínculos*, San José, v. 21, 1995.
- ZAPATA, Horacio Miguel Hernán. Pensar el bicentenario argentino desde y con los pueblos indígenas: descolonizando memorias, identidades y narrativas. *Revista Mosaico*, Goiás, n. 2, v. 3, 2010.
- ZERMEÑO PADILLA, Guillermo. *La cultura moderna de la historia. Una aproximación teórica e historiográfica*. México: El Colegio de México, 2002.